Doce campanadas

José Naón

Doce
campanadas

José Naón

Doce Campanadas.

Por alguna razón siempre son doce, ni once ni trece ni catorce, solo doce.

Las escucho todo el tiempo desde que las tocaron en su funeral; en mis sueños, en mis pensamientos y sobre todo cuando veo esa amable sonrisa que mamá dibujaba sólo para mí.

Alguien tocó la puerta. Era Clarita.

—Miguel, dice papá que te levantes, así lo ayudas a lavar el auto —me dijo mi hermana mayor asomando la cabeza por la puerta de mi cuarto con una sonrisa burlona en su rostro.

La miré. No me había dado cuenta hasta ahora, pero ella tenía la misma sonrisa que mamá. Volví a escuchar doce campanadas.

Respiré profundamente y escondí mi cara entre las sábanas.

Doce
campanadas

José Naón

—Ya voy —respondí.

Después de levantarme, vestirme y cebarme un mate, salí afuera a ayudar al viejo con el auto.

—Migue, ya sé que lo que pasó con mamá, fue algo malo —me dijo al verme pasarle el trapo a las ventanas del auto en silencio.

—Pero ya pasó un mes de eso, tenés que seguir adelante como hicimos yo y tus hermanos.

Seguí limpiando en silencio, casi sin escuchar sus palabras.

—Si necesitás ayuda o consejo siempre me podés pedir a mí ¿Dale? —me dijo sonriéndome.

Lo miré.

La sonrisa de mamá se le había contagiado a él también. Probablemente tantos años con ella le había pegado algunas facetas suyas.

Doce campanadas

José Naón

Volví a escuchar doce campanadas.

Dejé de limpiar y salí corriendo hacia la casa mientras papá me llamaba de lejos.

Pasé el resto de la mañana y la tarde acostado en mi cama, saltándome el almuerzo y la hora del té.

Pero sí bajé para la cena.

Había milanesas de pollo para comer, mi comida favorita.

Pensé que probablemente lo hacían para ponerme contento, ya que casi nunca comíamos eso.

Pero no toqué mi comida.

Mientras tanto, papá les contaba a Clarita y a Pedro algo que suponía que era gracioso, ya que estaban riéndose a carcajadas.

Los miré reírse.

**Doce
campanadas**

José Naón

Otra vez volví a escuchar las doce campanadas, esta vez con más fuerza.

Me levanté de la mesa lentamente y me fui, dejando a los demás en completo silencio.

Esa noche no pude dormir.

Veía sonrisas y escuchaba campanadas sin parar.

Intentando ignorarlas, encendí la luz y miré mi reloj; eran las dos y media de la mañana. Me levanté para ir a la cocina y tomarme un vaso de agua.

Esperé mientras la canilla llenaba lentamente el vaso. Pero mientras estaba en eso escuché una voz a mi espalda.

—Che, ¿qué hacés despierto tan temprano?

Me volví. Pedro me miraba con algo de preocupación escondido en su somnoliento rostro.

**Doce
campanadas**

José Naón

—No podés dormir ¿no? —me preguntó mi hermano mayor acercándose a mí.

Negué con la cabeza

—La verdad es que a mí me pasa lo mismo —comentó.
Lo miré sorprendido.

—¿Vos también las escuchás?

—Nada, no importa. Pedro exhibió una mirada de preocupación mientras me palmeaba la espalda.

—Está bien, pero cualquier cosa o problema que tengas, podés venir a preguntarme a mí, acordate que siempre podés contar conmigo —me dijo sonriendo.

Ahí estaban las doce campanadas de vuelta.

Sin responderle, salí corriendo a mi cuarto con el corazón latiendo rápidamente y me metí en la cama.

Doce campanadas

José Naón

Las campanadas no dejaban de sonar. Me tapé los oídos, pero todavía las seguía escuchando.

Miré el marco que tenía en la mesita de luz: un cuadro donde aparecíamos toda la familia posando en Mar del Plata hace algunos años.

Todos sonreían, incluido yo. Todos tenían la misma sonrisa de mamá.

Las campanadas empezaron a sonar mucho más fuerte.

Mi respiración se hizo más pesada y unos lagrimones humedecieron mis ojos.

No aguantaba más, no podía soportarlo.

Entonces lo entendí, solo había una manera de que este sufrimiento parase.

Me levanté temblando para luego abrir uno de los cajones de la mesita y sacar el cuchillo que el tío Fernando me había regalado para mis quince años.

**Doce
campanadas**

José Naón

Salí de mi cuarto con la mano sujetando fuertemente el cuchillo y caminé por el pasillo, acercándome a la habitación que estaba más próxima al mío: la de Clarita.

Lentamente, abrí la puerta y entré. Ahí estaba, más quieta que una piedra, pero viva.

Levanté mi cuchillo sobre ella. Quince años de recuerdos juntos pasaron por mi cabeza, pero no me importó; solo quería que el sonido se detuviera.

Bajé la hoja que no paraba de temblar hasta que penetró su garganta.

Eso provocó que abriera los ojos alarmada y emitiera unos ruidos ahogados, mientras intentaba mover los brazos que yo sostenía para que no se moviera.

Las campanadas empezaban a escucharse todavía más fuertes.

**Doce
campanadas**

José Naón

Lentamente y con paciencia, esperé hasta que la vida se desvaneciera de sus ojos.

Con las manos manchadas de sangre, retiré la hoja con una calma sorprendente y me dirigí al cuarto de mi hermano para repetir lo mismo.

Después de poner a dormir al otro chico, las campanadas ya habían adquirido un volumen similar al de un cuchillo pasado sobre una superficie metálica.

Me detuve enfrente de la puerta del cuarto de papá. Estaba abierta.

Entré lentamente, solo para encontrarme en el medio de decenas de fotos de toda la familia sonriendo y en diferentes lugares.

Las campanadas aumentaron hasta casi reventar mis oídos.

Dando un grito, corrí hacia la cama de papá y enterré el cuchillo con furia repetidas veces hasta asegurarme de que se durmiera.

Doce
campanadas

José Naón

Me miró con el horror y la agonía plagados en sus ojos hasta que estos dejaron de mirar.

Las campanadas no habían dejado de sonar.

Solo quedaba una cosa por hacer.

Paso a paso, me dirigí al baño sosteniendo firmemente el cuchillo.

Una vez allí miré al espejo.

Un chico con la cara salpicada de sangre me devolvía la sonrisa desde el espejo. Tenía la misma sonrisa que mamá.

Empecé a reír mientras levantaba por última vez el cuchillo. Por fin terminaría. Las sonrisas que tanto me habían atormentado por fin se irían completamente.

Lentamente, lo hundí en mi pecho, justo en el pectoral izquierdo donde estaba el corazón.

Doce
campanadas

José Naón

Caí al piso.

Pasaron unos minutos hasta que la vida se empezó a escapar de mi cuerpo como agua de un tanque roto.

Escuché doce fuertes campanadas y después todo se volvió negro.

Ya no escuchaba nada, no sentía nada.

Miré a lo lejos, había una luz que me deslumbraba.

Estiré mis manos para alcanzarla, quería hacerlo, pero estas no llegaron.

Caí al negro vacío.

Escuché doce campanadas antes de que la oscuridad me tragara.